

## “ANÁLISIS TERMINABLE E INTERMINABLE”

*Miriam Figliuolo*

Este texto fue escrito por Freud en 1937 casi al final de su vida, y de final se trata lo que allí va articulando, ya que a lo largo de este escrito irá intentando desarrollar de un modo interrogativo, los distintos obstáculos y límites en relación a la práctica analítica y a su fin. Fin es un término equívoco ya que puede designar a la vez un momento y una finalidad. En relación a esta última ya en el primer apartado ensaya una respuesta, se trataría en la terapia psicoanalítica dice, de un “...librar a un ser humano de sus síntomas neuróticos, de sus inhibiciones y anormalidades de carácter...”<sup>1</sup>, y afirma que tal finalidad conlleva un trabajo prolongado, una dilatada tarea que será en vano intentar abreviarla. Nos acerca la propuesta que hiciera Otto Rank de acortar los tiempos del tratamiento, nos dice que tal intento fue audaz y que no resistió el menor balance crítico, subraya que seguramente la propuesta de Otto Rank se debió a lo que era tendencia en esa época. No deja de señalarnos que él también ensayó una vía para acelerar el decurso de una cura, fija un término al análisis del Hombre de los Lobos con el intento de mover al paciente que se hallaba cómodamente instalado en su condición de enfermo, siendo este emplazamiento una apreciación clínica novedosa, dirá posteriormente que tal medida fue un error.

Se hace la pregunta de “si existe un término natural para cada análisis”, es decir, si en general es posible llevar un análisis a su término, podemos vislumbrar ante tal pregunta que Freud está en plena interlocución con quien fuera su analizante por algún tiempo, su discípulo y amigo, Sandor Ferenczi.

Es Ferenczi quien en una Conferencia llevada a cabo en Innsbruck en 1927 dirá que: “...el análisis no es un proceso sin término, sino que puede ser llevado a un cierre natural...”<sup>2</sup>, es decir que para Ferenczi existe la posibilidad de terminar un análisis, de que un análisis llegue a su fin.

Ante este interrogante Freud nos dice que en la práctica es fácil decirlo, habría una forma de pensar terminado un análisis y eso ocurriría cuando analista y paciente ya no se encuentran en la sesión porque se cumplieron dos condiciones, una implica que en el paciente desaparezcan los síntomas y la otra condición, que el analista juzgue que ha hecho consciente todo el material reprimido sin temor a la repetición de los procesos patológicos; y agrega que si hay algo del orden de lo exterior que impida llegar a esta meta, deberá considerarse ese análisis como imperfecto y no como terminado.

Otra forma de pensar a un análisis concluido está en relación a la posibilidad de inmunizar a los pacientes ante las enfermedades mentales, y ese es un interrogante para Freud: ¿se podría alcanzar un nivel de normalidad psíquica absoluta?, ¿es posible mantenerse estable?, eso se daría dice, si se lograra resolver *todas* las represiones y llenar *todas* las lagunas, resalto esta idea de *todas*, ya que veremos, avanzando en el texto, cómo Freud hará lugar a la función del *resto*.

Nos dice que en algunos casos se llegó a “tan feliz desenlace” porque el yo de los pacientes no estaba alterado de una manera importante, ya que el origen de la perturbación sería fundamentalmente traumática. Pues sostenía en relación al origen de las perturbaciones psíquicas, que estas se darían por la existencia de pulsiones hiperintensas imposibles de domeñar por el Yo, factor *constitucional* dirá, o por traumas tempranos que se dieron ante un Yo inmaduro, siendo este un factor *accidental*. Este último origen traumático sería posible de tramitarse en un análisis y nos brindaría la oportunidad más favorable para hablar de un análisis terminado. Punto seguido hace la salvedad que posiblemente uno “no sabe cuánto de esta inmunidad se debe al destino, que quizá le ha ahorrado unas pruebas demasiado severas”<sup>3</sup>, es decir que se permite dudar ante tal afirmación.

En cambio siempre encontraríamos graves dificultades en relación a la etiología ligada a “...la intensidad constitucional de las pulsiones y la alteración perjudicial del Yo...”<sup>4</sup>, a punto tal que estas serían capaces de prolongar la duración del análisis hasta lo inconcluyente; tanto la experiencia

como los cambios en la técnica le permitieron ensayar respuestas posibles a los distintos interrogantes que se le fueron planteando en relación específicamente a la duración y a los efectos terapéuticos, avanzando en el texto veremos que Freud rechaza la preocupación por la duración del tratamiento y al final del mismo nos invita a centrar la cuestión en algo nuevo que introducirá como límite atinente al problema del fin del análisis.

Nos dice que en su clínica se ha encontrado con pacientes en que el fin buscado en sus análisis había devenido otro, ya no se centraban en los efectos terapéuticos sino en profundizar aún más sus análisis, y así refiere que en los últimos tiempos él se dedicaba especialmente a ellos; lo cual nos permite decir que una cosa sería el efecto terapéutico que cura el síntoma y otra ir hasta las últimas consecuencias de la estructura para hablar de fin de análisis, a estos los llamaré análisis didácticos.

Se preguntará si es posible tramitar de una manera “duradera y definitiva” un conflicto de la pulsión con el yo, y nos dirá que es imposible hacer desaparecer tal exigencia pulsional, se tratará de domeñarla no de hacerla desaparecer ya que el desenlace depende de la intensidad de la pulsión, introduce así el factor económico; siempre quedaría un resto intramitable, indomeñable, hay algo excesivo que resta, hay una ineliminable insatisfacción pulsional.

Esta idea del *resto* también estará en relación a la transferencia, nos dice que: “El analizado... no puede colocar todos sus conflictos dentro de la transferencia; y tampoco el analista puede, desde la situación transferencial, despertar todos los conflictos pulsionales posibles del paciente”.<sup>5</sup> Tanto en la teoría como en la práctica freudiana tiene un lugar fundamental esta idea de lo no totalizable, del resto, de la falta de armonía, de lo no reintegrable.

A lo largo de este escrito el factor cuantitativo tiene toda su importancia, a tal punto que lo conducirá en el apartado VI a considerar “la conducta de las dos pulsiones primordiales”, pulsión de vida y pulsión de muerte, y nos dice que la distribución, la mezcla y desmezcla de éstas se dan en todo el aparato psíquico y que explicarían la variedad de los fenómenos; la conciencia de

culpa, la necesidad de castigo, la reacción terapéutica negativa, refiere, nos permiten discernir que lo anímico no sólo está gobernado por el principio de placer, en lo psíquico existe otro poder que deriva de la pulsión de muerte, una cierta pulsión de agresión o destrucción operando en forma ligada o libre y conjugada con la pulsión de vida, subrayando que también una de las mayores dificultades para el éxito terapéutico y la resistencia a la cura, provendría de la fuerza de la pulsión de muerte.

También en este texto aborda el problema de la incidencia del analista en la cura, incidencia que podría llegar a ser un obstáculo para ésta, aquí nuevamente podemos advertir las divergencias con Ferenczi, para quien la garantía del final de un análisis depende de la “paciencia y fiabilidad” del analista. Para Freud no se trataría ni de conocimiento ni de paciencia por parte del analista, no habría garantía alguna para ocupar el lugar que le concierne. Vuelve a hacer hincapié en la necesidad del análisis del analista, como así también del lugar que ocuparía en su formación el *didacta*, esta función de maestro, dice Freud, cumple su objetivo si se logra instilar en el candidato un sólido convencimiento de la existencia del inconsciente y si se le transmiten, a la vez, ciertos criterios de la técnica analítica; pero además, para que el aprendiz posea aptitud de analista, será necesario que se apropie de aquellas incitaciones que le fueron otorgadas por su propio análisis, es decir que el candidato es enseñado por su análisis personal. En estas líneas Freud propone que todo analista debería volver a hacer un análisis, periódicamente dice, quizás cada cinco años. En cambio para Ferenczi el analista debería ser “natural y sincero”, expresando una intensa empatía con el analizante para que éste encontrara en él el “amor y la aceptación” necesaria para que se lleve a cabo el trabajo analítico, se tratará de una participación activa del analista. Esto se lograría con un análisis a fondo del analista donde se tramite de forma definitiva “todos” sus conflictos, y de que haya aprendido bastante de sus aciertos y errores, remite por lo tanto a la posibilidad de una “normalidad psíquica del analista”, sosteniendo con ello la idea de un éxito total del tratamiento.

Freud plantea aquí su idea de que analizar sería una de aquellas profesiones, junto con las de educar y gobernar, “imposibles”, en tanto sus resultados son “insuficientes”, esta idea de insuficiente nos vuelve a traer aquello que está en relación al resto, que por ineliminable deja al descubierto un límite en la cura.

Esto nos da pie para trabajar el último apartado donde Freud introduce aquello de lo nuevo en relación al límite de un análisis, señala así que nos encontramos en la cura con una resistencia que “no permite que se produzca cambio alguno” y que está en relación a lo que denominará “la roca viva de la castración”, envidia del pene para la mujer y para el hombre la revuelta contra la actitud pasiva hacia otro hombre, “protesta masculina” dirá A. Adler, Freud se inclinará por denominarla como “desautorización de la feminidad”.

Aquí Freud retoma la discusión con Ferenczi, mientras éste sostiene que el fin de un análisis se da por el dominio de tal complejo de castración, Freud dirá que el querer mover a las mujeres de su deseo de pene y al hombre convencerlo de que una actitud pasiva frente al varón no siempre está en relación a la castración, sería “predicar en el vacío”, es decir que ve allí una detención inmovible, un tope, un punto de llegada a lo que denomina “roca base”, “roca viva de la castración”, falla entonces no del orden de lo contingente sino por razones de estructura, dirá: “...Difícil es decir si en una cura analítica hemos logrado dominar este factor...”<sup>6</sup>, y concluirá diciendo que nos anima el hecho de haber ofrecido al paciente la posibilidad de que reexamine y varíe su actitud frente a la castración, es decir que para Freud la posición que adopte el sujeto frente a la castración define el impasse del final de análisis.

Resto ineliminable, basamento rocoso de la castración, serán nombrados por Freud como el mayor escollo para considerar la idea de una curación definitiva del sujeto, desemboca así en lo imposible de evitar en la experiencia de un análisis.

Tal formalización de un tope estructural a la curación dejará las vías abiertas a nuevas perspectivas de interrogación, y será Lacan quien con su lectura de Freud, avanzará ofreciéndonos otras salidas a este impasse freudiano.

## CITAS

<sup>1</sup> Sigmund Freud: “Análisis terminable e interminable”, en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976, vol. XXIII, pág. 219.

<sup>2</sup> Sandor Ferenczi: “El problema del final del análisis”, en *Obras Completas*, Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1984, pág. 58.

<sup>3</sup> Sigmund Freud: *op. cit.*, pág. 223.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, pág. 223.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, pág. 235.

<sup>6</sup> *Ibíd.*, pág. 254.